

Investigadores y Museos: una lectura entre otras muchas

RICARDO OLMOS

Un compañero de ustedes y mío que organizaba estas Jornadas de Museología me pidió hace unos meses que hablara de lo que pienso de los Museos desde mi experiencia y mi uso de los Museos como investigador. La conversación era por teléfono. Al principio dudé y me excusé, al parecer de forma poco convincente. Acepto demasiados compromisos, le dije, y hay que aprender ya a renunciar a muchos de ellos; además el tema me parecía —me parece hoy— complejo y serio. No consiste sólo en dar una opinión sino en argumentarla. Ante el susto que hubo de notar en mi voz el aludido amigo me insistió en que lo que la Asociación esperaba de mí era algo realmente sencillo. Se me pedía ante todo comunicar una experiencia, una visión personal, en ningún modo ofrecer un texto erudito. Aludió a la necesidad de diálogo entre los que profesamos la investigación y, ustedes, los profesionales de Museos. Sus argumentos me parecieron justos y me convencieron. Efectivamente, es importante salir de nuestra cotidiana torre de marfil, no pocas veces hermética e impermeable; y con la puerta entreabierta reflexionar sobre nuestra función en la sociedad a la que nos debemos, comunicar lo que hacemos y dialogar sobre los vericuetos de nuestra labor con los señores de esas otras torres de marfil que trabajan y habitan en los Museos. Acepté el reto. Esta charla quiere ser, ante todo, una forma de detenerme en el camino y mirar en derredor, percibir el entorno que me rodea y que tantas veces acoge lo que hacemos. Pero además esta charla

les mostrará alguna perplejidad y no pocas inseguridades. ¿Cuál es, cuál podrá ser hoy nuestro diálogo, los puntos, comunes y diversos, de nuestra relación? Tal vez lo que nos separa y lo que nos relaciona —a ustedes en sus Museos, a mí en mi investigación— no sean sino meras estrategias complementarias en esa búsqueda común que llamamos investigación en humanidades o, mejor, en historia.

La comunicación pretende ser sencilla y personal, como se me sugirió. Ahora sé que se va a publicar, lo que a estas alturas ya no logra asustarme más. No obstante, recuerdo bien aquel adagio latino que dice que las palabras vuelan —*verba volant*— mientras que lo escrito permanece —*scripta manent*—, por lo que mi texto deberá ser también lo más cuidadoso y medido posible. Algunos compañeros como Luis Caballero —o yo mismo— han escrito —hemos escrito— sobre Museos e investigación. Me figuro que algunos otros también lo han hecho. Pero acepto el privilegio, que me concede la madurez de la edad, de no manejar ni citar hoy bibliografía alguna sobre el tema que, a poco que escarbáramos, encontraríamos abundante y sin dificultad. Mi texto, por tanto, difícilmente servirá para paliar la bulimia del erudito que escurriña los pies de página en busca de citas. Tampoco mi texto solucionará las prisas de quien vaya un día a preparar uno de esos inacabables temarios de oposiciones al Cuerpo de Museos, que casi todo lo abarcan, ni servirán para algún otro lance similar. Por cierto, es sintomático que

un tema sobre la investigación y los Museos no figure y no haya figurado hace muchos años en los temarios de oposiciones del Estado. Un acto fallido, si es que no es intencional, le llamaría Freud a este olvido. En fin, si logro que mis palabras sirvan hoy —o incluso algún otro día— para dialogar, para mover hacia alguno de los caminos posibles nuestro ejercicio del pensamiento, las daré por bien empleadas.

Voy a tratar de hacer caso a los organizadores de este encuentro en todo salvo en una cosa: en hablar exclusivamente como investigador que utiliza un Museo, ofreciendo sólo la voz, la perspectiva de quien acude a los Museos y a sus profesionales con un fin concreto y utilitario, servirse de sus fondos y de sus gentes para investigar. Es lo que se me pidió desde mi experiencia de usuario. Pero voy a traspasar ese límite e ir algo más allá y espero no defraudarles. Pues desde mi visión personal no puedo ver sólo el tema desde este reducido ángulo del que cree investigar. Empecé a trabajar en un Museo, el Museo Arqueológico Nacional, a inicios de los años 70 del siglo pasado, lo que quiere decir que llevo aproximadamente unos treinta años investigando, primero en él y, luego, fuera de él, desde 1987, año en que me incorporé al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. He pasado, por tanto, casi la mitad de mi vida de investigador dentro de un edificio o «cosa curiosa» llamada Museo, y la otra mitad fuera de él. Por tanto, sea dentro o fuera, en realidad investigar es casi lo único que me ha gustado y he apren-

dido a hacer en esta vida. Lo veré por tanto, si me lo permiten, desde las dos vertientes, desde dentro y desde fuera, aunque la visión interior será, sin duda alguna, anacrónica y, a lo peor, nostálgica.

Les sorprenderá a ustedes que hable con total naturalidad de que la mitad de mi vida profesional la he pasado en los muros de un Museo como investigador. Debo justificar y matizar algo esta idea pues hoy día puede —y con razón— parecer a algunos extraña. Entré en un Museo de hechura decimonónica y algo altisonante, que hacia 1970 mantenía aún con convicción y con algún leve toque de retórica los rescoldos de aquella vieja idea del Museo como lugar de recogimiento y estudio que acumulaba objetos prestigiosos del pasado que, al mismo tiempo, había que conservar, ordenar y clasificar; y dar a conocer, es decir, hacer públicos, mostrar. Llegué, sin embargo, a un Museo crecientemente activo y vivo, en proceso de cambio, un Museo, todavía orgulloso de su entonces emblemático carácter nacional, que se planteaba una renovación profunda de las salas de exposición y que iniciaba tímidamente el camino hacia lo que ahora parece algo evidente, la comunicación con el público y la vertiente didáctica, hoy tan desarrollada y compleja, pero que entonces apenas asomaba como un brote, como el germen explosivo de un primer ensayo. Atisbábamos, tanteábamos de modo intuitivo, el nacimiento de algo que no se sabía a ciencia cierta hasta dónde podía y debía llegar. Participé de esta inquietud, de estas bús-

quedas con algunos otros compañeros que allí trabajaban. No éramos los únicos ni seguramente los primeros. Tempranas hojas de brotes parecidos apuntaban también entonces en otros lugares y museos de España. Era un fenómeno en gran medida espontáneo, que trataba de anticiparse a lo que, pasados unos años, sería una exigencia tan natural como el respirar. En aquel momento puedo asegurar que no lo era. El conservador podía permanecer ajeno al público que crecientemente fluía y acudía con aspiraciones nuevas por las salas de exposición. Pues bien, en este campo creo poder seguir afirmando hoy lo que pensaba entonces: primero, que la divulgación, la comunicación es una consecuencia directa, inmediata, de la investigación. Una y otra se unen a través de un cordón umbilical. Segundo, que la investigación es un privilegio social —un privilegio comparativamente escandaloso— y que los investigadores no debemos olvidar que nos debemos a la sociedad que nos ha privilegiado. Dicho con otras palabras: la investigación en un Museo, entendida socialmente, llevaba entonces —y lleva hoy— espontáneamente a difundir, a divulgar. Sociedad, investigación, divulgación, tres aspectos inseparables de un proceso único que aprendí entonces precisamente en la vida cotidiana y sobrecargada de tareas de aquel Museo Arqueológico Nacional de los años 70.

Quien investiga debe saber comunicar a los demás lo que hace. Es también una evidencia de perogrullo el que la didáctica exige previamente investigación. ¿Cómo se va a comunicar lo que

Museo

Investigadores y Museos: una lectura entre otras muchas

no se conoce con cierta profundidad y abundancia, un comunicar con diferencias y matices? Hoy día, en los grandes Museos se han diversificado las tareas que antes se concentraban en una sola persona. En aquellos años nosotros éramos, a un tiempo, departamentos de documentación, divulgación e investigación. Todo ello se fundía en cada uno de nosotros, en una sola persona. No existía organigrama alguno, sino actividad desbordante. No estábamos compartimentados lo que, en cierto modo –y alguno de ustedes podrá sentir inquietud, perplejidad o escándalo por esta frase– creo que era en ocasiones una ventaja. Hoy existen –repito en los grandes museos, discúlpenme por ahora los pequeños si apenas pienso en ellos– departamentos de investigación, de difusión, de conservación y de documentación, lo que está muy bien y es un progreso indudable pero, ojo, exige una integración, un diálogo, un lógos o pensamiento vivo que fluya entre las diversas personas y parcelas de los Museos en que se distribuyen todas estas funciones. Si ese lógos no permea y articula el Museo, si la palabra no actúa de aguijón o tábano punzante en la actividad cotidiana tal vez la situación anterior sea preferible a la de algunos organigramas de hoy, perfectos, sí, sobre el papel pero imperfectos en su práctica y sus resultados. Me pregunto, por cierto, si los pequeños Museos no gozan de esta situación de ventaja que parece que deseo evocar con nostalgia en lo que aquí les recuerdo de aquellos años setenta y pico. No lo sé. Lo desconozco. Pero

voy a dejar de provocar más sobre este aspecto.

Si me lo permiten seguiré todavía revolviendo un poco en el análisis del pasado, en esa historia inmediata, previa, a la que ahora vivimos. Una de las diferencias de la situación de entonces con la visión de hoy es que predominaban –creo– unas prioridades diferentes. Sobre todo, el convencimiento en la jerarquía del saber académico por el que se gobernaban las restantes funciones del Museo. En la práctica esto se manifestaba de varias maneras. El director, por ejemplo, era casi obligado que fuera una persona de nombradía y prestigio en el campo académico, siempre –claro está– que se conjugara esta faceta con el obligado juego político del poder. Esto no era exclusivo del Museo Arqueológico de Madrid. Algo parecido ocurría en otros grandes Museos nacionales. Y algo parecido veíamos también en los grandes Museos europeos a los que nos asomábamos confiados en busca de modelos. Yo tenía una gran fe, por ejemplo, en el Conservador–Jefe de las Antigüedades Griegas y Romanas del Museo del Louvre, que, naturalmente, debía de ser un hombre sabio. Y, pude constatar que, efectivamente, lo era. No podía entonces ser de otra manera. Hoy día esta caracterización del director o del conservador como hombre de ciencia, envuelto en una inequívoca aura investigadora y docente, no resulta tan evidente. El modelo parece cambiar día a día hacia el de un director como gestor, es decir como coordinador de funciones y promotor de activi-

dades y de diálogo en un tejido diverso y complejo. Algo parecido podríamos decir del conservador. Probablemente esta situación de hoy, que desconfía del prestigio académico y del criterio de autoridad o que, al menos, no le otorga sin más aquellos privilegios de antaño, sea más adecuada a la exigencia de nuestros museos. Lo único que quiero constatar es un hecho y es que mi modelo de entonces, cuando empezaba, giraba en mayor medida en torno a la labor de investigador, no a la de gestor, y esto es lo que se me grabó de modo consciente o inconsciente en la conciencia y que hoy aquí transmito sin atreverme del todo a valorarlo, a calificarlo o a descalificarlo radicalmente. ¿Depende esa autoridad —*auctoritas* llamaban los latinos a ese grado aumentado, a ese crecimiento de quien la posee— depende esa autoridad, digo, del conocimiento? Yo diría que sí, pero matizadamente, pues en los Museos habría que definir de qué tipos de conocimientos hablamos. No todos los conocimientos son iguales, igualmente útiles. Algunos no sirven en el marco de los museos. Requieren una selección y una práctica específicas.

Veamos más de cerca el viejo modelo junto al nuevo. Cumplíamos entonces muchas tareas al mismo tiempo pero entre ellas destacaban dos o tres principales: instalar las salas, atender a los investigadores y publicar y escribir, entre otras cosas la tesis doctoral. Si no se escribían trabajos, artículos, reseñas, parece que no nos ganábamos merecidamente el sueldo. Posiblemente se escribía demasiado, se publica-

ban textos prescindibles la mayoría de las veces, como hoy. Frente a ello la actividad didáctica era permitida pero apenas valorada pues apenas se exigía aún social y, como dicen ahora con palabra odiosa, curricularmente. En las oposiciones creo que entregábamos la lista de nuestras publicaciones o, en todo caso, las exponíamos en un ejercicio de currículum que podía ser, si no determinante ante otros intereses y valoraciones, sí algo influyente. Todo esto, si no me equivoco, ha desaparecido hoy casi por completo, al menos en la oposición a los Museos nacionales, que conozco algo mejor. De ellas puedo decirles que potencian la acumulación del saber primario, un saber en bruto y universal, la memoria y la cualidad de los memoriosos, como la del famoso cuento de Borges, Funes el memorioso, cuyo recuerdo desmesurado se bastaba a sí mismo pues duplicaba y agotaba la infinitud misma de la vida. Pero estos temarios de oposiciones apenas provocan el deleite y la ambigüedad del conocimiento original y selectivo, aquel que está en el ejercicio y en la práctica cotidiana de la investigación. No logran fomentar esa actitud de crítica, de contraste, de abstracción, de capacidad de relación, que es la que exigen los usos comunes de la investigación. En fin, la situación ha cambiado. Pero con ello no trato de añorar el imposible pasado y aquellas prácticas tan limitadas y muy criticables sino, simplemente, señalar las diferencias con el presente para analizar y valorar éste, frente a una situación en torno a la investigación y los Museos

que, para bien o para mal, o para ambas cosas a la vez, casi ha desaparecido o se ha transformado profundamente.

También la formación de los conservadores pasaba entonces por unas prácticas largas en los Museos, prácticas previas, gratuitas y necesarias para opositar. Por lo visto en el fondo, desde el punto de vista laboral, debían de ser ilegales. En todo caso, la museología que se desprendía de aquel año de trabajo gratis consistía principalmente en un saber práctico, mejor o peor guiado pero sin apenas contenido teórico, es decir sin excesiva reflexión. Se aprendía intuitivamente, por la imitación de los mejores o peores modelos de los conservadores. Las nuevas teorías museológicas que hoy inundan las revistas y que convocan seminarios y congresos no habían llegado aún a los museos españoles. El modelo se transmitía, pues, personalmente y así se reproducía en el museo en el que se trabajaba a través de las prácticas. Entre estos paradigmas me figuro que se transmitía de vez en cuando la comezón de la investigación. Desconozco la orientación de las actuales prácticas de Museos pero sospecho que difieren notablemente de las anteriores. Ustedes me dirán si no tienden más a desenvolverse en aspectos de gestión, en los que antes éramos legos. Sospecho, aunque no lo pueda afirmar con certeza, que el discurso sobre la investigación y sobre el saber que está latente y puede surgir en la práctica cotidiana de los Museos, permanece ausente de esta enseñanza. Repito, no obstante, que no lo sé, que es un jui-

cio que no he contrastado bien. Pero me pregunto si esta reflexión sobre el sentido, las formas, las diversas posibilidades de la investigación en los diferentes Museos está presente en alguna de las enseñanzas con las que se prepara a los museólogos en España. ¿Cuáles son los modelos, dónde se engendra el ideal que se ofrece a los que se introducen hoy en un Museo? Las respuestas —que me figuro variadas— no las sé yo pero la conocen seguramente ustedes.

Antes de pasar a la segunda parte de la charla —cómo nos sentimos los investigadores como usuarios de los Museos, lo que tendrá una respuesta rápida y contundente— me van a permitir que haga una defensa, si puedo matizadamente, de la investigación en los Museos. La tendencia actual es, como vengo diciendo, a soterrar o situar en un segundo plano esta actividad que considero esencial en la vida de los Museos. Sobre todo me da la impresión de que el rumbo no es claro, y de que aquí y allá afloran las contradicciones. Está claro que el viejo modelo, el que viví en mi primera etapa, es caduco y no sirve. Podía medio funcionar con exceso de voluntarismo y con muchas limitaciones. Las exigencias, sociales y administrativas, son hoy otras. Hay una tendencia creciente e imparable hacia un modelo de conservador entendido como gestor, como administrador de bienes culturales apto para el trabajo en cualquier museo, indistintamente de arte, de arqueología, de etnografía, de historia de la ciencia o de lo que se presente. Desde luego en los Museos

estatales es así. La administración quiere del conservador un funcionario intercambiable, no un especialista, un conservador con matices. Recuerdo, incidentalmente, que la investigación sí es un mundo de ambigüedades y matices. Si en algún caso muy concreto se necesita un especialista me figuro que la administración puede recurrir al contrato, como creo que es el caso excepcional de la plaza de escultura clásica en el Museo del Prado. El conservador oposita a un cuerpo de Museos, no a una plaza. El que haya estudiado arqueología podrá muy bien coordinar una sección de artes gráficas contemporáneas en el Reina Sofía. Y, a la inversa, el que un día, durante la carrera, se inició en la formación del arte podrá encargarse de la sección de Prehistoria en algunos de los Museos del Estado. Seguramente muchos de ustedes compartan también esa postura de las plazas genéricas, por considerar que se adecua mejor a la realidad de hoy y no aquella vieja y casposa utopía del conservador como persona especializada y experta en un campo del saber que se formaba para encerrarse en un campo específico. Ha habido también, es cierto, hasta hace poco soluciones intermedias. Repito, aquí serían necesarios y útiles los matices.

Pero pasemos ya a ese difícil diálogo actual de los Museos con la investigación. Debo subrayar una realidad: la dotación de fondos públicos para la investigación en humanidades se ve hoy y se verá probablemente en el futuro cada vez más limitada. En este tejido o acuerdo de quién debe investigar con fondos públicos la adminis-

tración niega el reconocimiento oficial a la mayoría de los Museos del Estado como centros de investigación. Todos ustedes saben bien, por ejemplo, que la Dirección General de Universidades e Investigación niega y previsiblemente seguirá negando a la mayoría de las instituciones museísticas los fondos públicos que concede a través de proyectos de investigación pues no las considera centros de investigación al modo de las Universidades o el CSIC. Existe sólo la posibilidad de que el conservador de Museos estatales participe como investigador en proyectos encauzados por estas otras instituciones que acabo de citar. Esto quiere decir que el conservador podrá investigar, podrá dedicar ciertas horas de su tiempo de trabajo a proyectos de investigación financiados con dinero público, pero nunca como investigador principal, es decir nunca a través de proyectos propios generados dentro del Museo sino ajenos. El dinero y, en parte, las horas de trabajo irán presumiblemente a otras instituciones.

La situación ante esta ausencia del reconocimiento explícito de una de las funciones de los Museos por parte del mismo Estado puede ser frustrante para aquellos conservadores todavía devotos de la investigación. Pero no todo ha de verse de forma tan pesimista pues existen otras fórmulas, otros cauces diversos que crecientemente están ensayando hoy muchos Museos y que permiten el ejercicio y desarrollo de esta tarea primordial del conservador en la investigación. Si la puerta estatal se cierra para los

casos que acabo de citar quedan otros caminos abiertos, otras fórmulas entre las que no debemos olvidar, por ejemplo, el recurso a la financiación privada. El valor social del patrimonio, el interés de la sociedad en el legado histórico, está constituyendo a lo largo de estos años una de las principales estrategias para recabar fondos tanto privados como públicos que simultáneamente requieren de la investigación. La catalogación de los propios fondos y las exposiciones temporales, la integración de los Museos en el paisaje, en el territorio y su entorno social, son campos abiertos que en esta última década de forma creciente han permitido a los Museos el ejercicio de una investigación de múltiples facetas, investigación unida de forma inseparable a otra gran función irrenunciable: la difusión y concienciación social. Es éste un campo al que no deben renunciar los Museos pues es una de sus funciones propias aunque hoy entre en competencia con los centros oficialmente reconocidos de investigación que han captado esa sensibilidad social hacia el patrimonio. Aquí sí tienen los conservadores una ventaja ante los investigadores que nos encontramos aislados en las paredes de nuestros cuchitriles científicos lo que dificulta una audición clara de nuestra voz.

Con ello creo que nos podemos situar ya en un tema de debate sobre el campo de investigación que queda para los Museos. Pero si no queremos utilizar esta palabra —«lo que queda»—, que suena a residuos, a migajas en el reparto de un pastel mayor, optemos por verlo una vez más

desde dentro y no competitivamente, evitando recelos. Pues es un campo amplio, que puede ayudar a integrar y a definir la función y características propias de cada museo, grande o pequeño, local, comunitario o estatal, de historia y arqueología, de arte o de etnografía o de historia de la ciencia. Si el conservador ha de difundir los fondos a su cuidado integrándolos de manera crítica en las diversas formas o lenguajes de la historia —en su riqueza de relaciones, en su multiplicidad de discursos y de posibilidades narrativas—, si esto lo quiere hacer con autoridad y profundidad debe, ante todo, asumir que es investigador y que profesa la investigación desde el propio Museo. Por ello ha de convencer y exigir de sus autoridades y, en definitiva, de la sociedad que se le reconozca esta tarea primordial que aquí defendiendo, tarea que al final beneficiará, a través del Museo, a todos.

Ahora bien, para recomponer, desde criterios nuevos, esa vieja idea del conservador—investigador que parece últimamente algo abandonada es preciso eliminar la caspa, los lastres psicológicos y las falsas perspectivas que la tradición ha podido ir acumulando a lo largo de muchos años en los Museos. Voy a intentar, como investigador a la vez de dentro y de fuera, analizar de manera breve este aspecto. Las piezas, los objetos, en sí mismos son en cierto modo la excusa, el medio, pero no son la clave que abra mágicamente las puertas de la investigación al conservador. Si antes decíamos que en ellas reside un inmenso potencial de pensamiento y de discurso también

éstas pueden convertirse en la cárcel, en la trampa en que el conservador muy fácilmente puede caer. Las piezas, por ejemplo las obras que llamamos de arte y de arqueología, sí, son documentos cargados de indicios y posibilidades múltiples de lecturas históricas que enriquecen la mirada y la palabra de los que a ellos se acercan de manera crítica. Pero también son materialidad a las que puede uno aferrarse excesivamente, como el avaro a sus monedas, y, suponen, por tanto, al mismo tiempo, un lastre y una limitación.

Uno de los motivos mayores de recelo y de disgustos entre los investigadores externos al Museo y los conservadores —y aludo aquí ya por fin al tema que se me pedía— es precisamente el de la vinculación a la materialidad de los objetos. Un lazo afectivo que a veces parece inevitable es el del conservador y sus piezas. Más doloroso si cabe cuando el investigador de fuera que irrumpe en un Museo puede ser visto como un pesado que no pocas veces, sencillamente, va a lo suyo. Existe seguramente en la mente de todos ustedes un manual de urbanidad ideal sobre el comportamiento del investigador en los Museos. Es un manual tácito, jamás escrito. Suele aquél acudir al Museo, como un señorito con manos limpiás, en busca a veces de fotos, otras veces de objetos: obsesionado por las medidas, por los números de inventario, por los pormenores de las procedencias. Anota, mide, pesa. Rara vez, piensa el conservador, aporta algo. A veces, sí, dictamina. O, ladinamente, calla. En el

fondo es un señor o una señora ajeno o ajena al Museo que pasa fugazmente y da la lata y que, luego, tal vez incluso ni siquiera cita en su trabajo la procedencia y ubicación de las piezas. Pasados los meses, no llegará a hacer entrega de una copia de aquellas fotos realizadas ni de aquellos datos puntuales de su investigación que entonces tan firmemente prometió pues podrían ser útiles al Museo. Personaje, por tanto, antipático, egoísta, que poco o nada deja. El conservador del Museo ve pasar, día a día, a uno y otro de estos estudiosos a los que comúnmente se llama profesores e investigadores. La enemistad intergremial puede ser mutua y a veces el investigador ve con recelo a un conservador de cara incómoda que, en lugar de facilitar, oculta y dificulta. Exagero, probablemente caricaturizo ciertos estereotipos, dibujo con tintes negros la multiplicidad de los rosas y los grises, silencio los casos positivos pero creo que no se me puede negar en este pequeño esperpento una cierta base de historia verosímil, ya contada, ya conocida por muchos. Hay una incompreensión mutua y un abismo entre el conservador y el investigador que acude eventualmente al Museo. Es preciso romper esta actitud dicotómica entre quien acude arropado por la posesión del saber y de quien meramente administra y favorece o desfavorece el acceso a las piezas.

Si ese investigador externo es, además, el comisario encargado de montar una exposición, la exasperación puede llegar al límite. Consciente

o inconscientemente no dejará de ver en él a un rival que le suplanta y que además, para mayor Inri, cobra un sobresueldo por algo que el conservador está obligado a hacer sin más como funcionario. ¡Qué injusta es la vida! El conservador verá cómo sus piezas, sus objetos, sus cuadros pasarán a formar parte del discurso de otros sin dejar, apenas, otra mención que un agradecimiento a pie de página en el maremágnum de un catálogo cuyos laureles ceñirán la frente de ese investigador universitario que no manchó sus manos. La fórmula de reclamar para sí la realización de, al menos, las fichas de sus propias piezas que el Museo presta en el gran catálogo es lícita pero tendrá sólo una justificación: que formen parte del discurso científico, que su contenido sea valioso y original, que aporte una visión enriquecedora, que aquéllas no sean rutina y meros datos externos y descriptivos. Para evitar aquí la vaciedad y la rutina, insisto, el conservador debe ser, él mismo, un investigador. Para ello también el conservador no deberá basar su autoridad en su vinculación afectiva y casi material con los objetos sino en los matices del pensamiento y en los múltiples discursos y juegos del lenguaje que enriquecen los documentos. Las palabras, no la foto y las medidas como apropiación simbólica del objeto, serán su verdadera aportación. Ello le sitúa en condición de igualdad, si no superior, a su aparente contrincante. Y le evitarán los mudos reproches que a veces nos dirigen. Esta condición le abre al diálogo con el otro —no siempre

fácil, es cierto— y no le limita a la sola servidumbre de sacar el objeto polvoriento de la vitrina para que otros lo estudien. La ausencia de diálogo es aquí dolorosa y causa de descontento para todos. Investigar es también hablar y romper cauces previos.

Si el conservador tiene no pocas veces razón en considerar con recelo al profesor que, con aires o sin aires académicos, viene de la universidad o del Consejo, o del extranjero, y cuya caricatura he esbozado un poco antes, no debe caer él mismo en la trampa de luchar por la última seguridad que le queda, la del objeto, pues la perderá y aquélla se tornará mágicamente en su contrario, en inseguridad y en frustración. La única solución, a mi entender, es que trate de profesar la libertad de pensamiento de la investigación; investigación entendida como un ejercicio que nos va liberando de esa inseguridad que todos o casi todos tenemos cuando pensamos, cuando escribimos y cuando hablamos. De esa libertad podrán surgir ideas que iluminarán su encuentro con los objetos, y el descubrimiento de los mil matices que éstos encierran. Hay que partir pues del pensamiento —y no del objeto— en esta concepción de la investigación. De ahí, pues, mi objeción a la afirmación que trata de vincular de manera mecánica y psicológicamente mediatizada al conservador con los objetos de su Museo como cauce principal de su investigación. Los documentos son excusa, son uno de los medios, el principal si se quiere. Pero lo importante no son éstos, sino las relaciones, las

palabras, los análisis, las propuestas de lectura, la capacidad de abstraerlos y transportarlos a otra esfera superior. Sólo esta actitud ante los documentos le permitirá la creación de discursos nuevos y la comunicación con la sociedad. En este sentido es necesario cambiar las formas de diálogo y de relación con el investigador exterior al Museo. Tema difícil pues el diálogo, la relación es cosa, al menos, de dos. Pero, al margen de todo ello, el Museo debe crear fórmulas de investigación propias.

Me he alargado tal vez y pido unos minutos para una breve conclusión. Más allá de toda queja y lamentación hemos de reflexionar conjuntamente y cada uno lo deberá hacer desde su circunstancia particular para buscar fórmulas que permitan en cada caso extender y ejercer la investigación, sin sentirse ni de otra época y trasnochado ni un cuerpo extraño en un tejido que no es el suyo. La investigación debe formar parte cotidiana de su tejido propio y esto lo deberán comprender las administraciones y los políticos que nos gobiernan. Es una labor de todos, de ustedes y nuestra, de los conservadores y los investigadores. Y de la sociedad, pues a todos nos concierne el diálogo. Y es, sobre todo, una forma de felicidad en el trabajo y en la vida. Es un modo epicúreo de entender la profesión y el Museo.

La difícil integración y a veces recuperación de la investigación dentro de los Museos —y de aquélla en relación con los Museos— exige una reflexión, caso por caso, sobre las formas y

requerimientos propios de cada ejemplo. No hay una fórmula única y lamento haberme hoy centrado demasiado en una visión parcial, que parte exclusivamente de mi primera actividad profesional en un gran museo, donde hoy día todavía percibo que se mantienen los ecos, el recuerdo, la tensión hacia ese viejo ejercicio de investigación que podría ser más plena y mejor. Apenas he podido referirme a esos pequeños museos, que son la mayoría, pues los desconozco y vivo ajeno a sus dificultades, sin duda mayores.

Pero querría dejar un toque, si cabe, optimista pues me da la impresión de que mi discurso de hoy ha cargado injustamente las tintas en una vertiente algo dramática y parcial del problema. Lo que deseo decirles por último es que estoy convencido —y no tomen esta frase final como mera fórmula, como una *captatio benivolentiae*— de que el ámbito de los museos puede ofrecer algo importante de lo que carecemos los investigadores como los que venimos del Consejo. Ese algo es la posibilidad inmediata, la exigencia de contactar día a día con la sociedad. Ahí está el germen del diálogo, el estímulo del logos que fluye vivo y serpea entre los objetos del Museo para ir más allá de ellos. Decía al inicio que la divulgación, la comunicación con la sociedad, debe entenderse también como la primera forma y principal exigencia de toda investigación. Aquélla es la tierra natural de ésta. No lo olviden.

Muchas gracias.